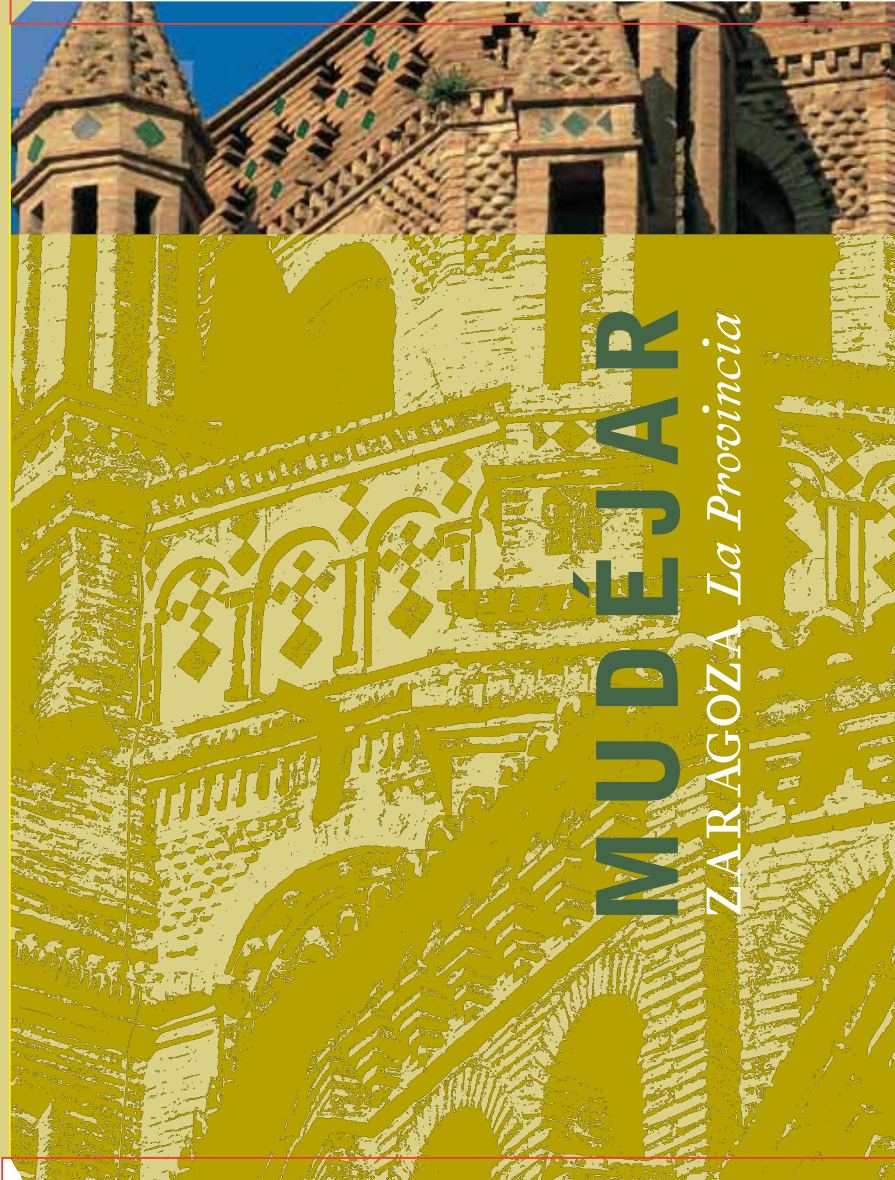




Patronato Provincial de Turismo
 Diputación de Zaragoza
 Pza. de España, 2
 50071 Zaragoza
 Tel. 00 34 976 212 032
 Fax 00 34 976 232 611
 E-mail: turismo@dpz.es
<http://zaragozaturismo.dpz.es>



EBRO CENTRAL

El mudéjar del valle medio del Ebro tiene su cuna en Zaragoza, desde donde se extendió con paso firme por un terreno propicio, ávaro en canteras de piedra y prodigo en días de sol. Los principales monumentos de la capital aragonesa, en especial el patio de la Aljifera, fueron fuente de inspiración para innumerables edificios civiles y religiosos. Muchos han desaparecido o sufrido notables reformas, pero otros fueron concebidos. Entre estos destacan la infinidad de torres campanario. Las hay de diferentes épocas, de planta cuadrada, octogonal o mixta, y en su mayoría, conservan la estructura interior de sus antepasados directos, los alminares islámicos utilizados para llamar a la oración. Uno de los ejemplos más septentrionales se encuentra en Tauste. Los esbeltos paños de la torre de Santa María dominan desde hace siglos el caserío que descansa a sus pies. Algo más al sur, Pradilla, Grisen, Barboles, Torres de Berrellén, Pinesque y Monzalbarba subyugan a sus visitantes con sus altivas atalayas. Pero, quizás, las más afamadas de Ebro o Mediana de Aragón.

En la zona de la Asunción de Utebo, en esta última, un encaje de cerámica vidriada se une a las figuras hilvanadas en ladrillo para en los días soleados, convertir sus muros en mágicos tapices multicolores. En la ribera del Gállego se emplazan Villa Mayor, Peñarol y San Mateo de Gállego. Otras tres poblaciones con torres mudéjares vistosamente decoradas con motivos geométricos. Ya en el piedemonte de la Sierra de Alcuérrica se alzan las de Perdiguera y Lecina, más sobrias pero igual de majestuosas. La espijada torre de la parroquia de Ricla y la techumbre de madera policromada de la ermita de Cabañas, en La Almunia de Doña Godina, comparten protagonismo en el Jalón medio, donde también se advierten ecos mudéjares en Urra de Jalón y La Muela. Mientras en el territorio atravesado por el Ebro tras dejar a su espalda Zaragoza tampoco faltan los lugares engalanados con airosos campanarios, como La Puebla de Alfindén, Alfajarín, Pastiz, Osera o Mediana de Aragón.

Tauste

Alagon



EL SISTEMA IBÉRICO

EL MONCAYO

La conquista cristiana no supuso la desaparición de la cultura andalusí de las tierras de la actual provincia de Zaragoza. Hasta 1610, cuando fueron definitivamente expulsados, muchos musulmanes mantuvieron sus hogares, religión y costumbres en comunidades denominadas mudéjares, “aquellas a las que se ha permitido quedarse”.

Los especialistas en labores arquitectónicas pusieron su saber al servicio de las nuevas autoridades. Y nació así una expresión artística singular que adaptó conceptos, formas y sistemas de trabajo de raíz islámica a las necesidades de los edificios cristianos y a las modas de cada época.

Entre los siglos XIII y XVII surgieron originales modelos constructivos, además de un lenguaje ornamental basado en la combinación de ladrillo, madera, yeso y cerámica. Su deslumbrante belleza y su condición de testimonio vivo de una época de encuentro de culturas fueron reconocidas por la UNESCO en 2001, al declarar al conjunto del arte mudéjar aragonés Patrimonio de la Humanidad.

UNA PERFECTA SIMBIOSIS

La provincia de Zaragoza disfruta de uno de los legados más abundantes y variados de un arte único en el mundo. Con una magistral adaptación al medio y a los materiales que éste ofrece, la arquitectura mudéjar conjuga en admirable sintonía rasgos distintivos de dos culturas, la cristiana y la musulmana.

Palacios e iglesias se levantan con estructuras y técnicas heredadas del mundo islámico, en las que se entrelazan, de una forma natural, novedades de los repertorios gótico y renacentista. Y lo mismo ocurre con sus abigarrados revestimientos decorativos, basados en la combinación de ele-

mentos geométricos distribuidos en series que se pueden repetir hasta el infinito. En el exterior, la incidencia de los rayos del sol sobre los motivos en resalte de ladrillo y las piezas de cerámica crea efímeros juegos de luces y sombras según varía su grado de inclinación. Esa misma ilusión óptica se consigue en los interiores gracias a los azulejos de suelos y arrimaderos, los techos de madera policromada, las celosías de yeso de las ventanas y los dibujos que cubren las paredes, animados por vivos colores. Se da forma, así, a un espacio inmaterial y cambiante con un trasfondo simbólico, pues todo es frágil y perecedero, sólo Dios permanece inmutable.



Calatayud



Tobed

La toponimia desvela el pasado islámico de los valles que cuartejan el Sistema Ibérico (Morés, Moros, Morata), certificado por un espectacular acopio de monumentos mudéjares. En la vega del Isuela se distinguen la torre de Tierga y la capilla del castillo de Mesones de Isuela. Edificada por Lope Fernández de Heredia, arzobispo de Zaragoza, posee una techumbre de madera entre cuyos lazos y estrellas se disponen delicadas pinturas góticas. A orillas del Aranda, en Illueca, se levantan la iglesia de San Juan Bautista y el palacio de los Martínez de Luna, donde vino al mundo el papa Benedicto XIII. Sus principales salas se cubren con alfarpes de madera y se decoran con frisos de yeserías. En Calatayud, una de las capitales del mudéjar zaragozano, sobreviven las aguzadas torres de Santa María y de San Andrés, junto con vestigios aislados en el Santo Sepulcro, San Pedro de los Francos y Nues-

tra Señora de la Peña. El cauce del Ribota presume de la iglesia-fortaleza de Torralba de Ribota, atenta a las posibles incursiones castellanas, y de las parroquiales de Cervera de la Cañada y Aniñón. El sol y la profusión de elementos ornamentales las dotan de inmaterialidad, convirtiéndolas en espejismos de luz y color. Ese estallido de luminosidad tiene paralelos en las márgenes de los ríos Jiloca, Perejiles y Grió. En Maluenda, Velilla de Jiloca, Morata de Jiloca, Fuentes de Jiloca, Villafeliche, Belmonte de Gracián, Mara, Miedes o Tobed, cuya iglesia de la Virgen es una de las más seductoras joyas la comarca, se localizan nuevas evidencias de la originalidad de este arte. Y ya de vuelta en el Valle del Jalón, tienen un particular interés las torres mudéjares de Ateca, una de las más antiguas, Terrer, Paracuellos de la Ribera y Sabiñán.



Tarazona

La estela del arte mudéjar resulta fácilmente reconocible en las comarcas asentadas a la sombra de las míticas cumbres del Moncayo. Las quebradas calles de Tarazona, de inequívoco aroma medieval, dan abrigo a la iglesia de la Magdalena, el convento de la Concepción y el Palacio Episcopal. Pero su tesoro más preciado es la catedral de Nuestra Señora de la Huerta. En ella se dan la mano elementos góticos y clasicistas con otros de impronta mudéjar, como la torre, cimborrio, emparentado con el de la Seo zaragozana, o las celosías de yeso de su claustro que, además de tamizar la luz, alfombran suelos y paredes con sus dibujos.

Cerca de Tarazona llaman la atención, entre otras, las localidades de Torrellas y Tórtoles. La primera, donde descuella la torre de San Martín de Tours, fue sede de un activo taller de carpintería del que salieron puertas y muebles decorados con



Magallón

elegantes diseños mudéjares. En la segunda, todavía quedan restos de una antigua mezquita, consagrada posteriormente como iglesia.

La industriosa presencia de la población morisca se observa asimismo en la excolegiata de Santa María de Borja, en su parroquial de San Miguel y en la llamada Casa de la Estanca, enfundada en trazos romboidales. Y lo mismo ocurre en los soberbios ábsides poligonales de varios templos de Magallón y Alberite de San Juan, así como en distintos edificios de Agón, Ambel, Bulbiente, Fuendejalón, Pozuelo de Aragón y Tabuena.

EL SUR Y BAJO EBRO



Quinto de Ebro



Paniza

Como otros muchos parajes, el océano de viñas que se extiende por tierras de Cariñena fue hogar de nutridas comunidades de moriscos. Su huella se materializa en la tradición alfarera de Muel, herencia de la cultura andalusí, y en las imponentes torres de pueblos como Mezalocha, Longares, Villanueva de Huerva, Aguilón, Encinacorba o Paniza, cuyas siluetas se recortan en cielos de asombrosa diafanidad. Un valioso testimonio de arquitectura civil mudéjar, la casa de los Luna, y varias iglesias iniciadas en piedra y acabadas en ladrillo entablan cordial diálogo en las empinadas calles de Daroca. No muy lejos, asoman orgullosas las torres de Mainar, Villarreal de Huerva, Romanos, Herrera de los Navarros y Villar de los

Navarros, recubiertas por dibujos geométricos. Al este, el principal referente visual vuelven a ser los campanarios mudéjares. Entre los más llamativos figuran el del viejo Belchite, asolado durante la Guerra Civil, o los de Moyuela, Moneva, Samper de Salz, Codo y Lécera, que asemejan faros aislados en la inmensidad de la estepa. La pericia de los maestros de obras moriscos queda patente también en el Bajo Ebro. Hay señalados indicios de su arte en Pina de Ebro, Quinto de Ebro, Velilla de Ebro y el monasterio de Rueda, así como en la iglesia de San Juan de Chirprana, con un inesperado interior de llamativas decoraciones.